

poderes preconizada por la constitución, no existe; no puede existir. Detrás de la ley suprema están los reglamentos parlamentarios, hábilmente hechos para concentrar el dominio de las cámaras en unos cuantos hombres. Bajo el régimen republicano, era el presidente el «Speaker», quien dominaba gracias al reglamento y al control de una comisión encargada de preparar los detalles del programa parlamentario. El diputado Cannon fué así durante muchos años el «Czar del congreso». El mismo viejo parlamentario acaba de decir con mucha gracia: «Me llamaron Czar del Congreso, pero a decir verdad, Woodrow Wilson me ha dejado pequeño».

Es que Wilson ha abandonado resueltamente los viejos métodos por los cuales la influencia presidencial se ejercía indirecta, reservada, discretamente sobre el congreso, respetando en lo posible las formas prescritas por el principio fundamental de la división de poderes. Wilson proclama ahora que siendo éste un gobierno de partidos, el dominio absoluto corresponde al jefe del partido.

¿Cómo puede hacerlo en este país, que se supone libérrimo? El medio es muy sencillo: por la distribución de empleos. El presidente, en conformidad con la ley, y a veces sin este requisito, dispone de un número muy considerable de empleos que de propósito se han dejado fuera de lo que se llama el «Servicio Civil», o sea el escalafón sujeto a reglamento especial. A esos empleos que forman el botín de toda campaña presidencial, se les da el nombre de *patronage*, y se distribuyen invariablemente por conducto de los diputados y senadores, que a su vez los emplean para favorecer a los jefes de partido, en sus respectivos distritos. Es claro que el *patronage* no se da a ciegas, sino que va directamente a los adictos. ¿Cómo podría un diputado o un senador que por la mañana ha estado en la Casa Blanca implorando lugares en el presupuesto, para sus electores, ir en la tarde a votar en contra de cualquier medida que Wilson recomiende por medio de su reconocido portavoz, el diputado Underwood?

Hay casos, sin embargo, en que los beneficios del *patronage* no compensan la

oposición que en ciertas localidades despiertan las medidas radicales, extraordinarias, tiránicas de Mr. Wilson. Tal aconteció con algunas cláusulas de la tarifa reciente, y lo mismo ocurre ahora, más intensamente, con la reforma bancaria. Diputados y senadores ha habido que, recibiendo notificaciones explícitas de sus respectivos distritos, exigiéndoles la oposición a ciertas medidas, so pena de perder la esperanza de reelección, se decidan a oponerse con tenacidad. Contra éstos, el dictador Wilson esgrime una arma poderosa, el llamado *caucus*, y un argumento escolar, sofístico desde el punto de vista general, pero efectivo desde el punto de vista político. «Nosotros, dice Wilson, venimos al poder por la fuerza de un partido, debemos, pues, obrar como partido y no individualmente»,—nueva forma de expresar lo que Luis XIV dijo en galana y original forma: el Estado soy yo. El *caucus* es una conferencia de partido, que se efectúa entre los diputados o senadores de una misma designación política, ya sea en público o en secreto, y en la cual todos se comprometen solemnemente a someterse de antemano a las decisiones de la mayoría, aun en contra de sus convicciones personales. Gracias a esta triquiñuela ha podido Woodrow Wilson dominar en absoluto en el Congreso. La mayoría, especialmente en el senado, es tan exigua, que la deserción de cuatro o cinco demócratas daría al traste con el programa Wilsoniano. Espíritu eminentemente dominador, Wilson no ha reparado en recurrir a medios casi pueriles, para imponer su voluntad al congreso. Ha impedido que las cámaras se clausuren temporalmente para las vacaciones de Navidad; ha mantenido ambas cámaras abiertas continuamente, en sesión extraordinaria primero, y en ordinaria ahora, como para castigar la rebeldía de los republicanos, que han de ser sus naturales opositores y de unos cuantos demócratas cuya influencia en las localidades de origen, peligran por ciertos rasgos de la legislación bancaria pendiente.

Y así va la farándula. Así se mueve este mecanismo político que, visto a distancia, nos deslumbra con sus oropeles y nos aturde con sus fanfarrias de libertad y de justicia.